

# SAPO

**Víctor Castaño y Esteban Ocampo** tienen como pasatiempo jugar sapo cada 15 días. Bajo un ambiente de guacales de cerveza, paquetes de papitas, música de Galy Galeano, nada de apuestas y sin mujeres, estos dos ingenieros de sistemas menores de 30 años llevan una década practicando el tradicional juego.

Una crónica de Alejandro Aguirre

Fotos: Hroy Chávez

## mi gran pasión

**U**no no sabe por dónde comenzar esta nota. Si por los guacales de cerveza que se merman cada minuto, por las caras de las mujeres aburridas, por la mesa de sapo que cumple un año de adquirido y hay que celebrar o por la música de fondo que no se sabe si es El Charrito Negro o Luis Alberto Posada, los famosos interpretes de la música popular.

Lo cierto es que Víctor Castaño y Esteban Ocampo, dos ingenieros de sistemas menores de 30 años y que no paran de reírse cuando hablan del asunto, son felices cada vez que se reúnen en la casa de este último a jugar sapo. La familia ya se acostumbró a ver a estos amigos que toman cerveza en medio de los lances. Nadie de los que juega puede programar otro plan que no sea ir a jugar todos los sábados cada 15 días.

"Nadie imagina pero es un parche relajado, sabroso y demasiado sano", dice Ocampo, quien dejó el cuento de los sistemas para dedicarse a la cocina. "Si uno lo mira desde el punto de vista de la diversión, es mejor que cualquier cosa. O dígame ¿quién nunca ha jugado sapo?", comenta Castaño.

Todo comenzó en la Universidad Icesi, donde ambos trataban de estudiar y salir adelante. Cansados de jugar ping pong en los intermedios de las clases, un día cualquier apareció una mesa de sapo entre las de ping pong. "Seguro fue un ocioso el que se le ocurrió esto", dice Castaño.

Los amigos se les iluminaron los ojos y se apoderaron de la mesa. "La verdad es que nadie jugaba. Sólo nosotros lo practicábamos. Nos veían como bichos raros", agrega Ocampo. Corría el año 1998. En los intermedios, Víctor y Esteban se dedicaban al sapo. Lo que no dicen es que jamás volvían a clase porque los juegos se pasaban de las horas de descanso. "Algo impensable. Pero es que nos volvimos adictos", dicen en coro.

Víctor sostiene que por jugar sapo en la universidad perdió la materia de Cálculo. Esteban no recuerda cuál fue la asignatura que canceló por culpa del juego. Cuando se preocuparon por estudiar le bajaron al ritmo del juego, pero no pasaron a jugarlo dos veces por semana y después de clase.

Lo que resulta chistoso es que en la universidad la

apuesta era una gaseosa y un brownie. "El que quedaba de último le pagaba al ganador", manifiesta Castaño. La vez que se graduaron trataron de programar un juego de despedida ya que muchos del grupo de amigos saldrían a estudiar al exterior. Pero no se concretó.

### Cerveza y papitas

Tras casi tres años de inactividad, los amigos volvieron a reunirse. Hace un año exactamente, Ocampo compró la mesa de sapo. La pidió de cumpleaños a su familia y nadie le hizo caso. Incluso, se le rieron. Entonces, fue y compró la mesa por \$180.000. "Pero la adecuamos a nuestro gusto".



Uno de los jugadores ocasionales —porque Ocampo y Castaño nunca han fallado a la cita— es diseñador gráfico. Este lo que hizo fue realizar unos nuevos números porque los originales tenían cifras muy altas. Sin embargo, hizo mal la tarea y cometió un error: realizó varias cifras malas. Es por eso que en la mesa hay dos números 20 al revés.

El juego quincenal se hace en la casa de Ocampo, en Pance. Allí, llegan los amigos, entre ellos, el infaltable Castaño. Dependiendo del número de jugadores —por lo general hay un máximo de 6 y un mínimo de 5— se compra dos guacales de cerveza y varios paquetes de papitas, un menú austero por

cierto. Y la música tiene que ser popular. Es decir: Johnny Rivera, Galy Galeano, El Charrito Negro, Darío Gómez...

"Uno no se imagina jugando sapo con Queen o U2. Incluso, no se juega bien y esto es de concentración en medio de cervezas y papitas. Es que nosotros hacemos las cosas bien: jugamos como se debe jugar: con cerveza y música popular. No queremos inventar nada. Además, toda la semana escuchamos nuestra música, nuestro rock en inglés y que mejor que empezar el fin de semana con Galy Galeano", anota Ocampo. Lo dice serio.

Ambos me dicen que las mujeres están vetadas y tienen sus razones: "la mujer distrae y da mala suerte". Una vez les dio por llevar a sus novias y salieron aburridas porque no quisieron jugar y sus novios ni las determinaban. Han tomando la decisión de que jugador que lleve a la novia o la esposa ni que arrime a la casa.

No tienen un tipo de juego determinado. Generalmente juegan a mil puntos, siendo la rana el mayor puntaje: 70 puntos. Es decir, que en una ronda hay un promedio 25 a 30 puntos por jugador. Así, el juego puede durar entre 4 y 6 horas. O como dice Castaño: "hasta que se acabe la cerveza".

Sostienen que nadie ha hecho más de un sapo en la noche. "Hacer sapo es difícil, muy complicado", dice Castaño. Una vez se hicieron tres sapos pero porque hubo más de 8 personas, algo que no cree que se repita. "Entre mucha gente se hace largo el juego y nosotros tenemos cosas que hacer", se ríe Ocampo.

No dicen quién es el mejor jugador porque eso ocurre por épocas, por temporadas. Hay días en que gana Castaño —como la última vez, según dice— y sábados que lo hace Ocampo, sin alarde. "Son rachas, es por meses que uno le da al asunto".

Ambos no pueden ver un sapo en otra ciudad porque se ponen a jugar. No les importa el sitio. Castaño dice que extrañó la mesa de juego cuando estuvo en Australia estudiando. Antes de cada tiro frota las 7 argollas entre las manos. Suena la música popular. Y surge la pregunta: ¿tienen alguna táctica? "Sí. Tirarle y tirarle al sapo. No hay otra". Y le tiran...

// EN ESTE JUEGO,  
LA MUJER DISTRAE  
Y DA MALA SUERTE //

Esteban Ocampo



Victor Castaño



Esteban Ocampo